

APUNTES BÍBLICOS SOBRE LA POBREZA

José Vílchez*

1. Introducción

Nos consta por la sagrada Escritura que Dios no quiere que el hombre carezca de los recursos necesarios para el mantenimiento de la vida, entre los cuales ocupa el primer lugar la comida diaria, el pan nuestro de cada día. El autor del libro de la Sabiduría pone en boca de Salomón una oración a Dios, Creador de todo y Señor de la historia; con relación al hombre, dice: «Formaste al hombre sabiamente para que dominara todas tus criaturas, gobernara el mundo con santidad y justicia y administrara justicia rectamente» (Sab 9,2-3). Las palabras hacen referencia a la vocación que Dios ha dado al hombre desde sus comienzos. Señor absoluto de las criaturas no hay más que uno, Dios; pero él ha querido que el hombre sea su lugarteniente en el mundo, que en su nombre ejerza dominio sobre las criaturas del universo (cf. Gén 1,26.28; Sal 8,7-9; Eclo 17,2-4).

Que el dominio del hombre se extienda a todas las criaturas no significa que pueda hacer con ellas lo que se le antoje. Es fundamental que el hombre primeramente reconozca el supremo señorío de Dios y en segundo lugar que respete el orden establecido por Dios en su creación, para que su administración sea justa y recta. Por desgracia vemos que el hombre no ha cumplido con su misión fundamental: gobernar el mundo según la ley de Dios y administrar justicia rectamente. Es evidente que no es justa la administración que permite que unos pocos tengan mucho y que muchos tengan poco o nada. Es lo que suele pasar cuando los bienes de la tierra se acumulan en pocas manos, por lo general de modo injusto, y una parte muy considerable de la población mundial carece a veces hasta de lo más necesario para subsistir, no ya para vivir como personas.

Este es el panorama desolador de nuestra sociedad en continentes enteros. Dios no aprueba en modo alguno que se llegue a la situación de extrema necesidad, la de pasar hambre; si, a pesar de todo, tiene lugar entre nosotros esta calamidad, él nos exhorta por medio de sus portavoces autorizados a que pongamos inmediato remedio. Algunos piensan que los sentimientos de justicia social y de solidaridad humana son una conquista reciente del progreso y desarrollo de nuestra civilización, en contraste con la barbarie de tiempos pasados,

* Profesor emérito de Dogmática y Antiguo Testamento de la Facultad de Teología de Granada.

más bárbaros cuanto más lejanos. Una visión rápida y de conjunto de la sagrada Escritura nos demostrará que están muy equivocados.

2. Pobreza y Antiguo Testamento

2.1. Lo que determinan los textos legales del Antiguo Testamento

La sociedad que conocen los autores sagrados, tanto la palestinense como la de fuera de Palestina o de la diáspora, es la del segundo milenio a. C., la de los patriarcas Abrahán, Isaac, Jacob..., y la del primer milenio a. C., a saber, la del tiempo de los reyes, de las deportaciones a Asiria y Babilonia, la de los imperios de los persas, griegos, egipcios y romanos. A pesar de la gran variedad de tiempos y de espacios hay muchos elementos comunes en los pueblos que se asientan en el Próximo Oriente Antiguo, en todo el arco del Creciente Fértil o Media Luna, cuyos extremos son Mesopotamia en el este y Egipto en el suroeste, pasando por Siria y Palestina en el borde septentrional del desierto de Arabia.

El género de vida es primeramente el propio de los seminómadas pastores, después el de los pueblos sedentarios, que es el que prevalece y se perpetúa con el cultivo de la tierra o agricultura. Los miembros que componen la sociedad agrícola son los dueños de las tierras, los terratenientes, y los que están a su servicio. Entre éstos se distinguen dos grandes grupos: los esclavos o siervos, de los que disponen más o menos libremente los dueños de la tierra según la legislación vigente, y los libres, que ofrecen su trabajo a cambio de un salario, generalmente muy bajo. Gran parte de la población pertenece a este grupo de asalariados, que viven muy pobremente, pasando muchas penalidades. Especialmente son duros los años de malas cosechas, en los que los pobres tienen que emigrar a tierras extrañas en busca de alimento. El comienzo del libro de Rut nos ofrece un caso ejemplar: «Sucedió en el tiempo en que gobernaban los jueces. Hubo hambre en el país, y un hombre emigró desde Belén de Judá para residir como extranjero en la campiña de Moab con su mujer y sus dos hijos» (Rut 1,1). En Palestina no eran infrecuentes los períodos de hambre; recordemos el hambre del tiempo de Abrahán (Gén 12,10), de Isaac (Gén 26,1), de Jacob (Gén 42,1-5), de David (2 Sam 21,1) y de Elías (1 Re 17,1.7-16; 18,1-5). Excepto en los casos de guerra (cf. 2 Re 6,24-25) el hambre estaba directamente relacionada con la escasa recolección de las cosechas de cereales (cf. Gén 41,17-36.53-57; 42-44). A su vez la cosecha de cereales dependía del régimen de lluvias, por ser tierra de secano, no de regadío (cf. Dt 11,10-14; Jer 5,24; Os 6,3).

La legislación del Pentateuco está toda ella en boca de Moisés. Se supone que el pueblo de Israel está a punto de entrar en la tierra de Canaán –la tierra

prometida– y de tomar posesión de ella. Por esto la perspectiva es siempre de futuro y los preceptos tienen como destinatario a un pueblo agricultor. El tenor de la legislación es bastante optimista; pero su realización no parece una utopía, pues se hace depender de una condición razonable: «Es verdad que no habrá pobres entre los tuyos, porque te bendecirá el Señor, tu Dios..., a condición de que obedezcas al Señor, tu Dios, poniendo por obra este precepto que yo te mando hoy» (Dt 15,4-5). El egoísmo a ultranza hace que se frustren los planes de Dios, que no quiere que haya pobres en su pueblo, concebido como una gran familia de hermanos. Los preceptos de la Ley, por su parte, procuran ofrecer una solución al grave problema de la existencia de los pobres: «Durante seis años sembrarás tu tierra y recogerás la cosecha, pero el séptimo año la dejarás en barbecho, para que coman los pobres de tu pueblo» (Éx 23,10-11). El mismo criterio vale para los restos de las cosechas de cereales y de las viñas: «Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás el campo ni espigarás después de segar. Tampoco harás el rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caídas. Se lo dejarás al pobre y al emigrante» (Lev 19,9-10; cf. 23,22; Dt 24,19-21). La multiplicación de decretos de este tipo pone de manifiesto las entrañas misericordiosas del Señor para con los más necesitados: «Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios, no endurezcas el corazón ni cierras la mano a tu hermano pobre. Ábrele la mano y préstale a la medida de su necesidad. (...) Dale, y no de mala gana, pues por esa acción bendecirá el Señor, tu Dios, todas tus obras y todas tus empresas. Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: “Abre la mano a tu hermano, a tu pobre, a tu indigente de tu tierra”» (Dt 15,7-11). Los reformadores como Esdras y Nehemías unen a la alegría que causa la nueva lectura de la Ley el compartir de hecho los bienes con los que no tienen absolutamente nada: «Viendo [Nehemías y Esdras] que la gente lloraba al escuchar la lectura de la Ley, le dijeron: –Hoy es un día consagrado al Señor, vuestro Dios. No estéis tristes ni lloréis. Después añadió: –Id a casa, comed buenas tajadas, bebed vinos generosos y enviad porciones a los que no tienen nada» (Neh 8,9-10).

2.2. La intervención de los profetas

Desde antiguo los profetas han sido los únicos que en Israel se han atrevido a levantar la voz contra los poderosos por sus flagrantes injusticias en contra de los pobres, víctimas indefensas y fáciles de su voracidad insaciable. Amós es implacable con los ricos comerciantes de Samaría, que se aprovechan de su situación privilegiada y de las necesidades elementales de los pobres: «Escuchad esto los que exprimís a los pobres y elimináis a los miserables; pensáis: ¿Cuándo pasará la luna nueva para vender trigo o el sábado para ofrecer grano y hasta el salvado de trigo? Para encoger la medida y aumentar el precio, para comprar

por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias» (Amós 8,4-6).

El profeta Ezequiel, al destacar la responsabilidad de cada uno, aduce el ejemplo del hombre justo y del malvado, señalando de modo llamativo la conducta con los pobres y necesitados: el hombre justo es «el que no explota, sino que devuelve la prenda empeñada; que no roba, sino que da su pan al hambriento y viste al desnudo» (Ez 18,7; ver, también el verso 16); el injusto y criminal, «el que explota al desgraciado y al pobre, que roba y no devuelve la prenda empeñada» (Ez 18,12). Éste es el aterrador retrato de los terratenientes de su tiempo, a los que identifica en otra ocasión: «Los terratenientes cometían atropellos y robos, explotaban al desgraciado y al pobre y atropellaban inicualemente al emigrante» (Ez 22,29).

Sin embargo, los mismos profetas no escatiman las bendiciones y alabanzas a los que practican la misericordia con los necesitados: «Si das tu pan al hambriento y sacias el estómago del indigente, surgirá tu luz en las tinieblas, tu oscuridad se volverá mediodía» (Is 58,10). Pues eso es lo que a Dios agrada de verdad y no el culto fastuoso, pero vacío, o el ayuno presuntuoso: «El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne» (Is 58,6-7), conforme al espíritu del Señor (cf. Is 61,1).

2.3. El reflejo de los Salmos

La oración en Israel ha sido una práctica ininterrumpida de siglos; el salterio es una prueba manifiesta de ello, pues en él se han conservado 150 modelos de oración, que se han utilizado en el culto público y privado, primeramente en Israel y después en la Iglesia hasta el día de hoy. Los Salmos reflejan vivamente los sentimientos más sinceros de los orantes, que saben que Dios está siempre al lado de los débiles, de los pobres, de los injustamente perseguidos: «El Señor responde: Por la opresión del humilde, por el lamento del pobre, ahora me levanto» (Sal 12,6). Se dice que Dios se levanta, porque acude en su defensa: «Dios se pone en pie... para salvar a los oprimidos del mundo» (Sal 76,10); «Yo sé que el Señor hace justicia al afligido y defiende el derecho del pobre» (Sal 140,13), «Que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos» (Sal 146,7; cf. 107,5-6.9; 132,15); «Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre» (Sal 113,7). Aleccionado por su experiencia personal y por la prolongada historia de su pueblo, el salmista confiesa con fe firme que «jamás será olvidado el pobre, ni la esperanza del humilde perecerá» (Sal 9,19).

2.4. Reflexiones de los Sabios

La crítica apasionada de los profetas a las clases altas de la sociedad nos informa indirectamente de la situación lamentable de los pobres en Israel. Los sabios han heredado, de hecho, la función de los profetas y con sus continuas observaciones y reflexiones hacen que la vida real, dura e implacable con los más débiles, se acerque lo más posible al ideal que proponen los textos de la Ley de Dios, pues ellos se declaran abiertamente creyentes.

El libro de Job con la fuerza incomparable de su lenguaje y de sus atrevidas imágenes nos informa de la acción opresora de los malvados sobre las presas fáciles de los pobres y desvalidos. Habla Job: «Los malvados mueven los linderos, roban rebaños y los apacientan; se llevan el asno del huérfano y toman en prenda el buey de la viuda, echan del camino a los pobres y los miserables tienen que esconderse. Como onagros del desierto salen a su tarea, madrugan para hacer presa, el páramo ofrece alimento a sus crías; cosechan en campo ajeno y rebuscan en el huerto del rico; pasan la noche desnudos, sin ropa con que taparse del frío, los cala el aguacero de los montes y, a falta de refugio, se pegan a las rocas. Los malvados arrancan del pecho al huérfano y toman en prenda al niño del pobre. Andan desnudos por falta de ropa; cargan gavillas y pasan hambre; exprimen aceite en el molino, pisan en el lagar, y pasan sed» (Job 24,2-11). Elifaz, uno de los presuntos amigos de Job, lo acusa injustamente de una práctica que, por lo visto, era normal entre los poderosos: «Exigías sin razón prendas a tu hermano, arrancabas el vestido al desnudo, no dabas agua al sediento y negabas el pan al hambriento. Como hombre poderoso, dueño del país, privilegiado habitante de él, despedías a las viudas con las manos vacías, hacías polvo los brazos de los huérfanos» (Job 22,6-9). La voz del sabio Elihú interpreta correctamente el sentido del castigo a los malvados: «Porque se apartaron de él y no siguieron sus caminos, haciendo que llegara a Dios el clamor de los pobres y que oyera el clamor de los afligidos» (Job 34,27-28; cf. Éx 3,7-9).

En las colecciones de dichos y sentencias no faltan los que se refieren a la situación social de los individuos en la comunidad, de riqueza o de pobreza. Esta situación ciertamente es secundaria y circunstancial, pero decisiva en la mayoría de los casos. El ser rico o ser pobre no es consustancial al hombre: uno mismo hoy puede ser rico y mañana pobre, o al contrario. Los sabios salen al paso de los juicios equivocados que prevalecen en la sociedad de su tiempo y de todos los tiempos sobre ricos y pobres. Si es verdad que no encontramos por ningún lado un elogio de la pobreza, son muchos los proverbios que contienen una actitud favorable al pobre en circunstancias particulares: «Más vale pobre que procede con integridad que rico pervertido de conducta doblada» (Prov 28,6);

«Más vale mendrugo seco con paz que casa llena de festines y pependencias» (Prov 17,1; cf. 15,16; 16,8.19; etc.). Otros añaden motivaciones religiosas muy profundas: «El rico y el pobre se encuentran, a ambos los hizo el Señor» (Prov 22,2; cf. v. 9); «No explotes al pobre porque es pobre; no atropelles al desgraciado en el tribunal, porque el Señor defenderá su causa y despojará de la vida a los que lo despojan» (Prov 22,22-23; cf. 14,31; 17,5; 19,17; 21,13; etc.). La mayoría de los proverbios, sin embargo, constata simplemente el hecho de la distinción entre ricos y pobres, y refleja el sentir vulgar sobre esta realidad, a veces con bastante cinismo: «Hay quien presume de rico y no tiene nada, quien pasa por pobre y tiene una fortuna» (Prov 13,7); «La riqueza procura muchos amigos, al pobre lo abandonan sus amigos» (Prov 19,4; cf. 14,20); «La fortuna del rico es su baluarte, la miseria es el terror del pobre» (Prov 10,15; cf. 18,11).

Son muchas las sentencias que nos ha legado Jesús Ben Sira (el Eclesiástico) sobre la riqueza y la pobreza, sobre el rico y el pobre. Lo que demuestra que éstos eran los aspectos más llamativos de la sociedad de la segunda mitad del siglo II a.C., como lo son de la nuestra. Es cierto que existe una tendencia general que valora positivamente la riqueza en sí misma (el ser rico) y negativamente la pobreza (el ser pobre). Esta tendencia correspondería a la doctrina sobre la remuneración intrahistórica, que considera la riqueza como un premio a la justicia (al justo) y la pobreza como un castigo a la maldad (al malvado). Así se expresa todo el Salmo 37, en el que leemos, por ejemplo: «Fui joven, ya soy viejo: nunca he visto a un justo abandonado ni a su linaje mendigando el pan. Apártate del mal y haz el bien, y siempre tendrás una casa; porque el Señor ama la justicia y no abandona a sus fieles. Los inicuos son exterminados, ... pero los justos poseen la tierra» (Sal 37,25.27-29). El Eclesiastés no estaba conforme con esta visión de la vida, por lo que escribe: «De todo he visto en mi vida sin sentido: gente honrada que perece en su honradez y gente malvada que vive largamente en su maldad» (Ecl 7,15).

Jesús Ben Sira no valora la riqueza y la pobreza absolutamente, es decir, sin tener en cuenta las circunstancias reales: «Hay pobres respetados por su sensatez, hay hombres respetados por sus riquezas; respetado por su riqueza: ¿cómo?; despreciado por su pobreza: ¿cómo? Si lo respetan en la pobreza, cuánto más en la riqueza; si lo desprecian en la riqueza, cuánto más en la pobreza» (Eclo 10,30-31). Que el rico sea respetado por su riqueza y el pobre despreciado por su pobreza es lo que normalmente sucede; enseguida lo veremos confirmado. Pero si se respeta al pobre y se desprecia al rico es por algo que vale más que la riqueza, que lo tiene el pobre y no el rico, a saber, la sensatez o sabiduría: «Por su sabiduría el pobre llevará alta su cabeza» (Eclo 11,1a). Jesús Ben Sira nos dice, sin embargo, que «buena es la riqueza adquirida sin culpa, mala es la pobreza

causada por la arrogancia» (Eclo 13,24; cf. 40,26). El ideal será, pues, la suma de los dos valores: sensatez y riqueza; y la mayor desgracia la acumulación de los dos contravalores: pobreza y necesidad.

En la sociedad conviven el rico y el pobre. Al sabio le preocupa no sólo describir las relaciones que de hecho se dan entre ricos y pobres, sino recomendar además las que deberían darse. Cuando Jesús Ben Sira pregunta: «¿Pueden tratarse la hiena y el perro? ¿pueden tratarse el rico y el pobre?» (Eclo 13,18), la pregunta retórica no pretende suavizar una realidad cruel: que el rico y el pobre se llevan como la hiena y el perro, o peor aún, como el lobo y el cordero (cf. Eclo 13,17). La realidad social del tiempo de Jesús Ben Sira se parece más a la vida salvaje entre las fieras que a la convivencia entre seres racionales, entre personas, entre hermanos: «El asno salvaje es presa del león, el pobre es pasto del rico» (Eclo 13,19). Con el correr de los siglos no hemos mejorado: seguimos mordiéndonos, matándonos unos a otros. El cuadro que Jesús Ben Sira nos hace de la sociedad de su tiempo podría pasar como el retrato de la nuestra: «El rico ofende y encima se ufana, el pobre es ofendido y encima pide perdón» (Eclo 13,3); «El soberbio aborrece al humilde, el rico aborrece al indigente. Tropieza el rico, y su vecino lo sostiene, tropieza el pobre, y su vecino lo empuja; habla el rico, y muchos lo aprueban, y encuentran elocuente su hablar desmañado; se equivoca el pobre y le dicen: vaya, vaya; habla con acierto, y no le hacen caso; habla el rico y lo escuchan en silencio, y ponen por las nubes su talento; habla el pobre, y dicen: ¿quién es?; y si cae, encima lo empujan» (Eclo 13,20-23).

¿Quién no se ha sentido ofuscado por el brillo del oro y atraído por el hechizo de las riquezas? ¿Quién no ha experimentado la sensación de seguridad que da el dinero? Jesús Ben Sira da un toque de atención: «No confíes en tus riquezas ni digas: “soy poderoso”» (Eclo 5,1; cf. v. 8), pues «de la noche a la mañana cambia la situación: ante el Señor todo pasa aprisa» (Eclo 18,26). Como medida de prudencia: «Más vale vida pobre al reparo del propio techo que banquete en casa ajena; conténtate con lo que tienes, poco o mucho, y no oirás las burlas de la vecindad» (Eclo 29,22-23). Pobre, pero honrado: «Procede en todo con moderación y no sufrirás desgracias» (Eclo 31,22b), al menos irreparables.

2.5. *La limosna como institución*

Durante toda la antigüedad y hasta no hace mucho tiempo la limosna era el único recurso de vida para una buena parte de la sociedad, de tal forma que negarla equivalía a una especie de homicidio según el Eclesiástico: «El pan de la limosna es vida del pobre, el que se lo niega es homicida» (Eclo 34,21).

Para tener una idea aproximada de lo que significaba la limosna en tiempos antiguos, y también no muy lejanos, tenemos que hacer un pequeño esfuerzo para imaginarnos una sociedad, carente por completo de instituciones públicas como la seguridad social. Decimos que el esfuerzo no tiene que ser demasiado grande, puesto que también hoy hay países en los que la seguridad social o no existe, o está en ciernes, o no alcanza a toda la población. Sucede, además, que aun en las sociedades más avanzadas hay gigantescas bolsas de pobreza, en las que junto al despilfarro y a los esplendores de la riqueza está la miseria de los que no tienen absolutamente nada. Asimismo sobrevienen grandes catástrofes, sean éstas naturales: terremotos, huracanes, inundaciones, epidemias; sean éstas causadas por el hombre: guerras, genocidios, migraciones forzosas e incontroladas, concentraciones ingentes de refugiados, gentes sin rumbo fijo, sin techo, sin agua, sin comida, sin esperanza, sin nada. Hoy se apela a la solidaridad internacional, a la acción humanitaria de las organizaciones no gubernamentales, a la generosidad de los particulares para enfrentarnos a estas grandes catástrofes. En la antigüedad las catástrofes y calamidades eran más aterradoras que las de ahora por no tener los medios que hoy tenemos para combatirlas. ¿Cómo podían vivir y subsistir las personas, las familias, las poblaciones enteras, si no era por la generosidad y el buen corazón de los particulares, es decir, por las limosnas?

El libro de Tobías nos ofrece una serie de consejos sobre la limosna, que, probablemente, es el mejor pasaje sobre la limosna de toda la sagrada Escritura. Habla Tobit padre a su hijo Tobías: «Haz limosna de tus bienes. No vuelvas el rostro ante ningún pobre; de esta manera el rostro de Dios no se apartará de ti. Haz limosna según la abundancia de tus haberes. Si tienes poco, no tengas miedo en hacer limosna conforme a lo poco; pues así te preparas un buen tesoro para el día de la necesidad. Porque la limosna libra de la muerte y no permite caer en las tinieblas. Pues la limosna es un don excelente para todos los que la practican a los ojos del Altísimo» (Tob 4,7-11; ver, además, 12,8-9 y 14,9-11).

Las palabras de Tobit elevan la limosna al valor de categoría teológica. Ver la desgracia y no hacer por socorrerla es como desentenderse de ella, es volver el rostro hacia otro lado, para hacer como si no la hubiera visto (cf. Lc 10,31-32). Pero el pobre sigue ahí, no desaparece como por encanto. Otro autor, Jesús Ben Sira, insiste y reflexiona en las mismas circunstancias: Hijo, «no rechaces la súplica del atribulado, ni vuelvas la espalda al pobre. No apartes la mirada del necesitado, ni le des ocasión de maldecirte» (Eclo 4,4-5); y descubre la razón teológica profunda: «Porque si te maldice lleno de amargura, su Creador escuchará su imprecación» (Eclo 4,6). El autor del libro de Tobías bebe de la misma fuente que Jesús Ben Sira; por eso se parecen tanto. El rostro del Señor está por su piedad y misericordia, como nos dicen los salmistas: «Escúchame, Señor, que te

llamo, ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: "Buscad mi rostro". Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación» (Sal 27,7-9); «El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros» (Sal 67,2).

En 4,16 insiste Tobit: «Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Haz limosna de todo cuanto te sobre, y que tu ojo no sienta envidia cuando hagas limosna». El padre recomienda a su hijo lo que él ha practicado toda su vida con fidelidad (cf. Tob 1,17). Hay un claro paralelismo entre Tobit y Job. Es muy semejante la forma de actuar de ambos tanto en la prosperidad como en la desgracia. Tobit, desterrado, desposeído de sus bienes y ciego, recuerda con cierta nostalgia los tiempos pacíficos del rey Salmanasar, en que hacía muchas limosnas a sus parientes necesitados, dando pan a los hambrientos y vestido a los desnudos (cf. Tob 1,16-17). Job, sumido en la desgracia y, al parecer, abandonado de Dios, trae a la memoria con inmensa nostalgia su tranquila vida anterior: «(Quién me diera volver a los viejos días cuando Dios velaba sobre mí» (Job 29,2). De ella sólo recuerda cosas buenas: «Cuando salía a la puerta de la ciudad y tomaba asiento en la plaza... Oído que me oía me felicitaba, ojo que me veía me aprobaba. Yo libraba al pobre que pedía socorro y al huérfano indefenso, recibía la bendición del vagabundo y alegraba el corazón de la viuda; de justicia me vestía y revestía, el derecho era mi manto y mi turbante. Yo era ojos para el ciego, era pies para el cojo, yo era el padre de los pobres y examinaba la causa del desconocido» (Job 29,7.11-16). «¿No lloré con el oprimido, no tuve compasión del pobre?» (Job 30,25). «Si negué al pobre lo que deseaba o dejé consumirse en llanto a la viuda, si comí el pan y solo sin repartirlo con el huérfano, si vi al vagabundo sin vestido y al pobre sin nada con qué cubrirse, y no me dieron las gracias sus carnes, calientes con el vellón de mis ovejas; si alcé la mano contra el inocente cuando yo contaba con el apoyo del tribunal, ¡que se me desprenda del hombro la paletilla y se me descoyunte el brazo!» (Job 31,16-22). Job es el ideal del hombre bueno; lo mismo que Tobit. La verdadera humanidad se manifiesta en los sentimientos de solidaridad con los más necesitados. No tener pan para comer ni vestido para cubrirse es uno de los signos más estremecedores de la miseria humana. Sólo puede superarle la enfermedad de muerte. Pero si no se tiene lo más elemental en la vida es que se ha entrado en los umbrales de la muerte.

3. Los ricos, las riquezas y Jesús

Los pobres de la tierra son, sin duda, los preferidos de Jesús; pero esto no quiere decir que los que no son pobres estén excluidos de su reino. Durante

el tiempo de su ministerio público, Jesús estuvo abierto al trato y a la amistad con todos, por esto todo el mundo lo buscaba (ver Mc 1,37). Su ambiente natural y preferido era el de la gente modesta, sin excluir otros ambientes en que vivían personas ricas y de alta posición social. Jesús no deja nunca su propio estilo de vida, que es el de los pobres, pero trata también con personas acomodadas: «Jesús era amigo de Marta, de su hermana y de Lázaro» (Jn 11,5; cf. 11,36). Quizás Lc 10,38-41 se refiera a las mismas hermanas, y no es improbable que se hospedara en su casa de Betania siempre que pasara por allí (cf. Mt 21,17; Mc 11,11). También acepta la invitación para comer en casa de notables, como el fariseo de Lc 7,36; o el jefe de los fariseos de Lc 14,1; o Simón, el leproso de Betania (cf. Mt 26,6; Mc 14,3; Jn 12,1-2). Y aún tiene amigos entre los jefes de los judíos, personajes influyentes, sin que les obligue a hacer pública su amistad, como es el caso de Nicodemo (ver Jn 3,1; 7,50; 19,39) y de José de Arimatea (ver Jn 19,38).

Pero Jesús es libre de espíritu y nada ni nadie le condiciona. Al joven rico le dirige esta invitación personal: «Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después sígueme» (Mt 19,21). El joven no acepta la invitación de Jesús, porque prefiere sus riquezas a seguir como un pobre al Señor. Entonces Jesús afirma con rotundidad: «Os aseguro que un rico difícilmente entrará en el reino de los cielos. Os lo repito, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos» (Mt 19,23-24; cf. Mc 10,23-25; Lc 18,24-25). Al oír los discípulos esta declaración se quedaron desorientados y exclamaron con asombro: «Entonces ¿quién podrá salvarse?» (Mt 19,25).

La causa del asombro de los discípulos no es tanto la imposibilidad de que un camello pase por el ojo de una aguja, como que esa imposibilidad se aplique a los ricos para entrar en el reino que es de Dios. No estaban acostumbrados los discípulos a oír hablar con tanta dureza en contra de los ricos en general. Ellos conocían las diatribas de los profetas en contra de los ricos malvados, inicuos, sin compasión con sus semejantes pobres. Jeremías dice: «¡Ay del que edifica su casa con injusticia, piso a piso, inicualemente! Hace trabajar de balde a su prójimo sin pagarle el salario. (...) Por eso, así dice el Señor a Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá: No le harán funeral cantando: ¡Ay hermano mío, ay hermana! No le harán funeral: ¡Ay Señor, ay Majestad! Lo enterrarán como a un asno: lo arrastrarán y lo tirarán fuera del recinto de Jerusalén» (Jer 22,13.18-19). Y Miqueas: «¡Ay de los que planean maldades y traman iniquidades en sus camas! Al amanecer las ejecutan, porque tienen poder. Codician campos y los roban, casas y las ocupan, oprimen al varón con su casa, al hombre con su heredad. Por eso así dice el Señor: Mirad, yo planeo una desgracia contra esa gente, de la que no podréis apartar el cuello, ni podréis caminar erguidos, porque es una hora

funesta» (Miq 2,1-3; cf. 6,9-14; Sal 52,9).

De las riquezas en general los discípulos de Jesús, como todos los judíos, estaban acostumbrados a oír las cosas buenas que de ellas decían las Escrituras. Los Sabios, por ejemplo, hablaban de la Sabiduría divina como de la fuente principal de la riqueza: «Yo [la Sabiduría] traigo riqueza y gloria, fortuna sólida y justicia; mi fruto es mejor que el oro puro, mi renta vale más que la plata. Camino por la vía de la justicia y sigo las sendas del derecho, para legar riquezas a mis amigos y colmar sus tesoros» (Prov 8,18-21); lo cual veían confirmado en la historia del más sabio de sus reyes. Entre los dones con que Dios adornó al rey Salomón están al mismo nivel la sabiduría y las riquezas: «Por no haber pedido una vida larga, ni haber pedido riquezas, ni haber pedido la vida de tus enemigos, sino inteligencia para acertar en el gobierno, te daré lo que has pedido: una mente sabia y prudente, como no la hubo antes de ti ni la habrá después de ti. Y te daré también lo que no has pedido: riquezas y fama mayores que las de rey alguno» (1 Re 3,11-13).

Los proverbios son el reflejo del común sentir popular, avalados por la experiencia de siglos. Muchos de ellos consideran las riquezas como una señal inequívoca de la predilección de Dios: «La bendición del Señor enriquece» (Prov 10,22); «Corona de los sensatos es su riqueza» (Prov 14,24). Para ellos las riquezas son premio de la virtud: «El fruto de la humildad y del respeto al Señor es la riqueza, el honor y la vida» (Prov 22,4); «Dichoso el que respeta al Señor y es entusiasta de sus mandatos. Su linaje será poderoso en la tierra, la descendencia de los rectos será bendita. En su casa habrá riquezas y abundancia, su justicia se afirma siempre» (Sal 112,1-3; cf. Prov 3,13.16).

Jesús Ben Sira hace el elogio «de los hombres de bien, de la serie de nuestros antepasados» (Eclo 44,1). Entre éstos desfilan «hombres ricos y poderosos, que vivieron en paz en sus moradas» (Eclo 44,6). La Escritura es prolija en las historias de los patriarcas o padres del pueblo de Israel, sobresalientes todos ellos por sus grandes riquezas, como los hombres más grandes y poderosos de su entorno: Abrahán, Isaac, Jacob, José, David, Salomón, etc. El caso de Job, protagonista del libro que lleva su nombre, es ejemplo claro de la mentalidad antigua, que veía en las riquezas el premio que Dios concedía a los hombres virtuosos. De Job se dice antes de la prueba a que es sometido: «Tenía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras y una servidumbre numerosa. Era el más rico entre los hombres de oriente» (Job 1,3); y después de la prueba: «El Señor cambió su suerte y duplicó todas sus posesiones». «El Señor bendijo a Job después, más aún que al principio; sus posesiones fueron catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil borricas» (Job 42,10.12).

La razón fundamental de esta actitud ante las riquezas está en la concepción religiosa de los autores, que por un lado no esperan una vida futura, sino que creen que todo se acaba con la muerte, y por otro creen profundamente en que Dios es justo, ante el cual no es lo mismo la justicia que la injusticia, la bondad que la maldad. Por tanto, el hombre justo debe ser recompensado por su justicia en la vida presente, la única que existe, y la manera de serlo es otorgándole riquezas.

Con el tiempo se vio que esta concepción religiosa tradicional no se podía sostener en sí misma ante las pruebas de la dura realidad. El Eclesiastés o Qohélet fue el autor que vio y expuso con más claridad las contradicciones de esta visión religiosa. Él no era ni profeta ni moralista, sino un agudo observador de todo lo que ocurría "bajo el sol" en la vida social. Lo que más le llama la atención de todo lo que ve es la sangrante injusticia imperante. Él ha visto «en la sede del derecho, el delito; en el tribunal de la justicia, la iniquidad» (Ecl 3,16). También observó «todas las opresiones que se cometen bajo el sol: vi llorar a los oprimidos sin que nadie los consolase del poder de los opresores» (Ecl 4,1). De todo ha visto en su vida sin sentido: «gente honrada que fracasa por su honradez; gente malvada que prospera por su maldad» (Ecl 7,15). Hasta llega a decir: «Si ves en una provincia oprimido al pobre, conculcados el derecho y la justicia, no te extrañes de tal situación» (Ecl 5,7). El desengaño, sin duda, le ha llevado a hacer tal afirmación, no la indiferencia.

El Eclesiastés es coherente y radical en su visión de la vida. Una de las más graves conclusiones a que llega en sus reflexiones es que tampoco existe retribución en la vida antes de la muerte. Él sabe que diciendo esto se enfrenta a la doctrina de la tradición sapiencial: «Ya sé yo eso: "le irá bien al que tema a Dios, porque lo teme", y aquello: "no le irá bien al malvado, el que no teme a Dios será como sombra, no prosperará". Pero en la tierra sucede otra vanidad: hay honrados a los que les toca la suerte de los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados» (Ecl 8,12-14). Esta es una realidad que él mismo ha constatado: «De todo he visto en mi vida sin sentido: gente honrada que fracasa por su honradez, gente malvada que prospera por su maldad» (Ecl 7,15). De esta manera el Eclesiastés se ha convertido en portavoz de todos aquellos que, aun creyendo en Dios, no ven absolutamente nada tras el negro horizonte de la muerte (cf. Ecl 3,18-21). Ahora bien, si no existe una vida más allá de la muerte, la muerte tiene la última palabra en lo que más importa al ser humano, en su destino final.

Gracias a Dios no es la muerte lo último y definitivo, sino la vida. A esta vida el libro de la Sabiduría llama la inmortalidad; Jesús, con más propiedad, la

vida eterna que Dios Padre nos regala y a la que accedemos por la resurrección de entre los muertos. Las enseñanzas de Jesús sólo se pueden entender a la luz sobrenatural de la resurrección. Entre estas enseñanzas están las que se refieren a las riquezas, al valor que Jesús les da en el contexto de la vida humana. El valor es muy relativo y siempre subordinado al hombre mismo. Con todo el oro del mundo reunido en uno no se puede comprar al hombre; menos aún comprar con él el reino de los cielos o abrir sus puertas. Antes pasará un camello por el ojo de una aguja que un rico con todas sus riquezas pueda subir un solo peldaño en la escalera imaginaria que llega hasta el cielo, donde mora Dios. Pero lo que es imposible para el hombre solo, es posible para Dios y para el hombre que se fíe de Dios (cf. Mt 19,25; Lc 1,37).

No se excluye, pues, del reino de los cielos al rico por ser rico, sino al rico que prefiere sus riquezas al cumplimiento de la ley de Dios y de los hombres. Jesús lo dijo claramente: «Nadie puede estar al servicio de dos amos, pues u odia a uno y ama al otro o apreciará a uno y despreciará al otro. No podéis estar al servicio de Dios y del Dinero» (Mt 6,24). Cuando el hombre convierte el Dinero en su dios, todo lo sacrifica por él, hasta la vida de sus semejantes. Cada día oímos y vemos cómo hombres malvados e instituciones poderosas trafican con vidas humanas por el maldito dinero. Para ellos la dignidad humana, el sufrimiento de las víctimas, Dios mismo son palabras vacías de contenido.

Por el contrario, cuando en la escala de valores de una persona el dinero, y la riqueza en general, ocupa el lugar secundario que les corresponde, siempre al servicio del hombre, esa persona está liberada afortunadamente de las terribles servidumbres y ataduras del dinero, e interiormente se siente libre y dispuesta para emprender grandes obras en favor de los demás, especialmente de los más necesitados. Probablemente estaba pensando en esto el evangelista san Mateo, cuando formuló la primera de las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres *en el espíritu*, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3), en lugar de la escueta formulación de san Lucas: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios» (Lc 6,20).

4. Conclusión

Después de lo dicho, vienen a nuestra memoria las palabras del Señor a los que murmuraban por el supuesto despilfarro de María, al ungir los pies del Señor con «una libra de perfume de nardo puro, muy costoso»: «A los pobres los tenéis siempre entre vosotros, a mí no me tenéis» (Jn 12,3 y 8). No es que el Señor desee que haya siempre pobres entre nosotros, sino que es realista y por eso reconoce una implacable realidad social. Que la plaga de la pobreza se erradique de

entre nosotros en mayor o menor grado, dependerá de nuestra actitud como individuos solidarios y, sobre todo, de nuestro modo de organizar nuestra sociedad, solidaria con todos sus miembros, pero más con los menos favorecidos, administrando con justicia y equidad los ingentes recursos materiales que ella misma genera.